

capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla sobre el río Lurín, como á 30 kilómetros al sud de Lima. La columna de la izquierda á órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, tomándole 26 prisioneros y haciéndole como 50 muertos. La columna principal continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce á la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó á rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontré la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12° de la equinoccial. La sed empezó á acosar á hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo ó la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fué desoída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte á dar un paso más. Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban dos kilómetros para llegar á él, se ofreció un grado á nombre del rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión produ-

cida por su imprudencia, fué el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban á los más postrados, llegando una de ellas á Valdez, que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba á perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos ó estropeados. Los soldados españoles en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis á la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la « Bajada de arrastra-culos » (3).

III

San Martín al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de setiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco á los espectadores, llamando al pueblo á las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba á decidirse de la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Martín para la ofensiva, y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una

(3) Para relatar esta parte, nos hemos guiado por los documentos é historiadores españoles: 1.º Parte de Canterac de 30 de setiembre de 1821 inserto en el « Boletín del Ejército Nacional (español) de Lima », núm. 15. — Camba: « Memorias », t. I, cap. XVIII. — Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, cap. VIII.

resolución pasiva más bien que una decisión heroica ó una confianza deliberada. Su ignorancia de los movimientos era tal, que el mismo día en que los españoles se concentraban en el valle inmediato de Lurín (5 de setiembre), él sólo anunciaba la presencia de dos avanzadas de 300 y 200 hombres en la quebrada de San Mateo. « Los bravos que libertaron á Lima, decía, sabrán preservarla del furor del ejército español. Mis tropas no os abandonarán. Vamos á triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre y propiedades, ó á perecer con honor. Nunca seremos testigos de nuestra desgracia. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación es lo que necesito para asegurar al Perú su felicidad y su esplendor ».

Sus obras fueron mejores que sus palabras. Su actitud resuelta y serena y sus bien calculadas medidas militares, infundieron confianza, y eficazmente ayudado por Riva Agüero, gobernador civil y tribuno de la plebe, logró entusiasmar al pueblo á fin de hacerlo concurrir á la defensa de sus hogares amenazados. La milicia se reunió en sus cuarteles y acudió la de los alrededores, aunque sin armas; los sacerdotes arengaban á la multitud en las calles con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra; las murallas de la ciudad fueron cubiertas por los voluntarios, confiando la guarda de las portadas á oficiales veteranos con los grupos mejor armados y organizados de la milicia cívica. « Todo lo demás era jarana », según la expresión de Monteagudo, y lo repite un historiador peruano (4). Era todo lo que se necesitaba para asegurar su base de operaciones contra un golpe de mano y producir efecto moral. Canterac al saber la decisión de Lima,

(4) Cartas de Monteagudo de 5 á 15 de setiembre de 1821. M. S. S. cit. por Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 207 y catálogo de M. S. S. núm. 239.

desistió de todo intento contra la población, y se limitó á maniobrar, tomando por objetivo el Callao.

El núcleo sólido de los combatientes patriotas, lo formaba el ejército chileno-argentino, que aunque disminuído por la deserción y las enfermedades, y llenadas sus bajas con reclutas, conservaba siempre su antiguo espíritu. Numéricamente era superior al ejército invasor, pero inferior en la calidad de las tropas. En cuanto al mando, puede decirse que estaban equilibrados. Canterac, con su audacia y habilidad, se mostró digno émulo del genio militar de San Martín. El ejército independiente, sin contar las comparsas militares que sólo hacían bulto para el efecto teatral, é incluyendo la guardia cívica de la ciudad, regularmente armada y organizada y un cuerpo de línea peruano de reciente creación, constaba de 5,870 hombres, de los cuales 2,125 militaban bajo la bandera argentina, 1,595 bajo la chilena y 1,410 eran peruanos (5).

(5) Stevenson en su « A hist. and descript. narrat. » etc., ha dicho, y Cochrane lo ha repetido en sus « Memorias », que el ejército de San Martín en esta ocasión « se componía de 12,000 hombres, *incluso las guerrillas* », siendo los únicos que tal aseveran con el objeto de hacer aparecer al general como tímido ó incapaz. La misma exageración refuta por sí misma el desautorizado aserto. El general más vulgar, al frente de tres hombres contra uno, no habría trepidado en probar la suerte de las armas; y si hubo excesiva prudencia, no fué por exceso de fuerza. El mismo traductor de las « Memorias » de Cochrane, que siempre apoya sus asertos, lo rectifica esta vez, fundándose en un estado de fuerza comunicado por el general peruano Mendiburu, historiador y coleccionista de documentos originales. Hé aquí, según ese estado, el detalle de las fuerzas regulares con que contaba San Martín en esta ocasión: — ARGENTINOS: Batallón núm. 7 de los Andes, 560 plazas; — Bat. núm. 8 de idem, 460; — Bat. núm. 11 de idem, 325; — Artillería de los Andes, 180; — Granaderos á caballo de los Andes, 350; — Cazadores á caballo de los Andes, 250. — *Suma*, 2,125 plazas. — CHILENOS: Bat. núm. 2 de Chile, 260; — Id. núm. 4 de idem, 615; — Id. núm. 5 de Chile, 390; — Artillería de Chile, 330; — *Suma*, 1,595. — PERUANOS: Bat. núm. 1 del Perú, 350; — Civicos de infantería de Lima (guarnición de la ciudad), 1,000; — Escolta del Protector, 60. — *Suma*, 1,410. — Á más, Batallón Numancia, 740 plazas. — *Total general*: 5,870 hombres, incluso guardia nacional organizada.

El Protector concentró su ejército de operaciones argentino-chileno-peruano, de 4,800 hombres, tres kilómetros al sud de las murallas de la capital. Tendió su primera línea con frente al sud-este, cubierto por el río Surco, afluente del Rimac, que aunque de poca anchura, sólo era vadeable entonces por tres puentes, á causa de sus bordes escarpados y rápida corriente. En esta actitud cerraba los caminos del sud y del este de Lima y amagaba por el flanco el del Callao. Su flanco izquierdo se apoyaba en un recodo del mismo río, y el derecho en un relieve del terreno poblado de edificios fuertes en medio de una llanura llamado pampa de San Borja, que cruza el camino real. Su infantería estaba parapetada por tres órdenes de tapias, á que sólo daban acceso estrechos callejones, lo que impedía que pudiese obrar la caballería enemiga. Á su retaguardia, se extendían las alturas llamadas del Pino, que se ligaban con las defensas de la ciudad. La caballería se situó á retaguardia de la derecha, que era el único punto por donde el enemigo podía intentar un ataque ó una marcha de flanco para dirigirse al Callao ocupando los campos de San Borja. Las guerrillas ó montoneras estaban esparcidas en todos los caminos. Canterac reconoció la posición de San Martín, y por confesión propia la consideró inatacable (6). El primer objeto del general independiente estaba llenado : que era cubrir la ciudad, contener al enemigo por el frente, cerrarle el acceso del este al pie de la sierra para impedirle contornear su posición, y obligarlo á maniobrar por su izquierda encerrándose sobre la faja árida de la costa en el pequeño triángulo que limita la corriente del Rimac, á menos de tentar un ataque sobre el flanco derecho de los patriotas, que era el más débil una vez

(6) Parte oficial de Canterac, cit.

salvado el obstáculo del río Surco. Esto fué lo que hizo Canterac, porque era lo único posible (7).

El general español, desistiendo de todo ataque por el frente y la espalda, formó el día 9 á las 7 de la mañana en tres columnas paralelas; la de la derecha con su caballería, la del centro con la infantería y artillería y la de la izquierda con los bagajes, cubriendo la retaguardia con un escuadrón. En esta disposición, emprendió una marcha de flanco sobre su izquierda costeano á la distancia el río Surco. Al llegar á la altura del tercer puente situado á dos tiros de cañón de la derecha patriota, varió rápidamente á su derecha y desembocó en la espaciosa llanura de San Borja, que ocupó la caballería primero y sucesivamente la infantería, pasando por los claros de la primera para tomar la primera línea, que se estableció sólidamente parapetada de unos tapias que flanqueaban el camino real. San Martín, que había previsto este movimiento, hizo un cambio de frente central, retirando su derecha, que apoyó en las alturas del Pino, y avanzó su izquierda, cubierta siempre por el río Surco, en un terreno que se desenvolvía en anfiteatro, á cuyo pie se extendían otras tres órdenes de tapias como las que anteriormente resguardaban su infantería. De este modo, ambos ejércitos volvieron á quedar formados en orden paralelo. En esta disposición permanecieron observándose, sin intentar ningún movimiento por una ni otra parte, hasta las 3 de la tarde.

(7) El mismo Canterac lo declara en su parte oficial antes citado :
 « Como sin una gran desventaja no podía atacarse al enemigo por su
 » frente, resolví marchar por líneas por el flanco izquierdo, aparentar
 » dirigirme á Surco, y de pronto variar la derecha y apoderarme de
 » los campos de San Borja, y puesto en ellos atacarlo por su flanco
 » derecho si permanecía en la misma posición que ocupaba. Me parecía
 » expuesto este movimiento, pues que á la distancia de dos tiros de
 » cañón del enemigo era preciso pasar dicho río y desembocar por un
 » solo puente; pero era indispensable practicarlo para interponernos
 » entre el enemigo y el Callao y poder comunicar con éste ».

Á esta hora, el ejército independiente empezó á desfilar por su derecha, y tendió una nueva línea, apoyando su izquierda en las alturas del Pino y su derecha sobre las murallas de Lima, amagando la izquierda enemiga, para obligarlo á atacar con desventaja ó encerrarse forzosamente en el triángulo del Callao. Canterac, operó al anochecer un cambio de frente perpendicular, rehuyendo su derecha y avanzando su izquierda, y dió frente á Lima. Así se pasó la noche.

En la mañana del 10, apareció el ejército de San Martín con su derecha avanzada, flanqueando el camino de Lima al Callao. Canterac, temiendo que los caminos de su retaguardia fuesen interceptados, emprendió definitivamente su marcha hacia la costa, para situarse bajo el amparo de los fuegos de los castillos del Callao (8). San Martín, al ver moverse las columnas españolas hacia el triángulo estratégico previsto en su plan defensivo-ofensivo, restregóse las manos, como lo hacía toda vez que estaba satisfecho ó decía algo con marcada intención, y exclamó en su estilo cortado, dirigiéndose á Las Heras, que estaba á su lado, á caballo como él: — « Están perdidos! El Callao es nuestro! No tienen víveres » para quince días. Los auxiliares de la sierra se los van á » comer. Dentro de ocho días, tendrán que rendirse ó ensar- » tarse en nuestras bayonetas » (9). En ese momento se hizo sentir un murmullo en el campo, y poco después se presentaba Cochrane á caballo. Las Heras que se adelantó á recibirlo, le pidió se esforzara en persuadir al general que atacase. El

(8) Es el mismo Canterac quien lo dice en su citado parte: « Viendo » á las 10 de la mañana del 10 que el enemigo no indicaba querernos » atacar, y que podía correrse á Bellavista y hacernos más difícil nues- » tra comunicación con el Callao... acampé las tropas bajo los fuegos » del Real Felipe ».

(9) El mismo general Las Heras nos ha relatado esta escena, de que fué testigo el coronel Pedro José Díaz, quien nos la confirmó con otros detalles interesantes.

almirante, que estaba siempre por las resoluciones atrevidas y se avenía mal con el sistema espectante de San Martín, cogióle de la mano y le instó encarecidamente en tal sentido: pero recibió por única respuesta: « Mis medidas están tomadas ». Un campesino se acercó al general poco después, trayéndole noticias de los movimientos del enemigo, y calculadamente ó porque le interesara, escuchaba con atención sus divagaciones. Cochrane, impaciente, increpó al campesino, diciéndole que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonteras. San Martín miró al almirante con ceño adusto; dió vuelta al caballo sin decir una palabra, y se dirigió á su alojamiento. Cochrane solicitó entonces una audiencia, y volvió á insistir en el ataque, rogándole no perdiese aquella oportunidad, y hasta se ofreció á ponerse personalmente á la cabeza de la caballería. La respuesta del Protector fué: « Yo solo soy responsable » de la suerte del Perú ». — Esta fué la última vez que se vieron en la vida San Martín y Cochrane (10).

El general de los Andes jugaba su última partida de ajedrez militar sobre el tablero del Rimac, haciendo mover según sus cálculos las masas propias y ajenas. Y como quien mueve sucesivamente los peones, los caballos y las torres para dar jaque-mate, adelantó su ejército hasta el promedio del camino de Lima al Callao, que era un verdadero desfiladero, cortándolo en el punto medio denominado La Legua ó Tambo de Mirones, y apoyó su derecha sobre el Rimac. Allí levantó una batería, con dos parapetos laterales, que artilló con 6 cañones de batalla y 2 obuses. La operación de la sierra había fracasado, el Callao estaba perdido irremisiblemente por los realistas, y el ejército de Canterac en riesgo inminente de perderse totalmente.

(10) Véase: « Memorias de lord Cochrane », pág. 175-177.